

# Lejos de la expiación

(En el original en inglés "Atonement Atrocities")

Nunca olvidaré la primera vez que le oí contar la historia. El impacto vivirá para siempre en mi corazón. Yo puedo, ahora mismo, con los ojos de mi mente, volver a verlo todo, como si hubiera sido ayer. El doctor James Kennedy estaba tomando posición en su magnífico pulpito de la Iglesia "Coral Ridge", en Fon Lauderdale, Florida. En un momento, estaba contando la historia de un joven llamado John Griffith.

—La época —él dijo—, fue en los inquietos años veinte. El lugar era Oklahoma. John Griffith estaba al comienzo de sus veinte años de edad, recién casado y lleno de optimismo. Junto a su amorosa esposa, él había sido bendecido con un bellissimo bebé de ojos azules. Con gozo y animación, John estaba viviendo el *sueño americano*.\*

»El quería ser un viajante. A menudo se imaginaba lo que sería visitar distantes lugares con nombres bien raros. Le gustaba leer e investigar acerca de estos lugares. Sus esperanzas y sueños fueron tan vividos a veces que llegaron a parecerle más reales que la realidad misma, pero entonces llegó 1929 y la quiebra del mercado de acciones se produjo.

Con la caída estrepitosa de la economía norteamericana llegó también la devastación de los sueños de John. Los vientos que silbaban por todo Oklahoma eran extrañamente símbolos de la tormenta que estaba barriendo toda esperanza. Okiahoma estaba siendo sistemáticamente asolada por la depresión y la desesperanza.

»Y en medio de tal situación, con el corazón hecho pedazos, John recogió sus escasas pertenencias y con su esposa y su pequeño hijo Greg, en el viejo automóvil Ford, modelo A, enfilaron hacia el este. Lograron llegar a Missouri, a las orillas del río Mississippi, y allí encontró trabajo en la construcción de uno de esos grandes puentes de ferrocarril que cruzan el inmenso río.

»Día tras día John tomaba asiento en el Cuarto de control y dirigía los enormes engranajes de las maquinarias que construían un imponente puente sobre el poderoso río. Pensativamente solía mirar cómo enormes barcasas y espléndidos buques cruzaban con donaire y gracejo por debajo de su puente, surcando las aguas del río. Entonces, mecánicamente, él aminoraba los movimientos de la masiva estructura y meditaba en la distancia, mientras los largos trenes que se dejaban escuchar iban haciéndose pequeños en las brumas del horizonte. Cada día se despertaba en él la tristeza mientras depositaba en los barcos y en los trenes que se iban sus sueños y visiones de los exóticos destinos y lugares distantes que siempre había querido visitar.

»No fue hasta 1937 que un nuevo sueño empezó a nacer en su corazón. Su pequeño hijo tenía ya ocho años de edad y John estaba comprometiéndose con la visión de una vida nueva, una vida en la cual Greg trabajaría con él hombro a hombro, una vida de íntima camaradería y profunda amistad. Ese primer día de una vida nueva, tuvo su aurora y se inició con una alegre incursión por el gran puente, padre e hijo tomados de las manos.

Greg contempló con inusitado asombro cómo su papá podía manejar los mecanismos que hacían que el inmenso puente se levantara y volviera de nuevo a acomodarse. Mientras miraba, seguro que dentro de él pensaba que su padre era el hombre más grande que haya vivido. Estaba maravillado de que su papá, con un movimiento de una sola de sus manos, pudiera controlar lo que hiciera esa mole de estructura que era el puente.

»Antes de que se dieran cuenta, la hora del mediodía había llegado. John había operado ya varias veces el puente para permitirle el paso a las embarcaciones que cumplían su itinerario. Y entonces, tomando a su muchacho de la mano, se fueron a disfrutar del almuerzo. Bajaron por un estrecho pasadizo hasta llegar a un puesto de observación a unos 50 pies de altura sobre las aguas del majestuoso Mississippi. Allí se detuvieron y miraban pasmados como los barcos cruzaban allá abajo.

»Mientras comían, John le contaba a su pequeño, con vividos detalles, historias acerca de los destinos maravillosos de los buques que se deslizaban ante sus miradas. Atrapado en un mundo de pensamientos, él hilvanaba historia tras historia, mientras su hijo pendía absorto de cada palabra.

»Entonces, repentinamente, en medio de una historia acerca del día en que el río se desbordó sobre sus riberas, él y su hijo fueron traídos de regreso a la realidad por el penetrante silbato de un distante tren. Mirando atónito a su reloj se dio cuenta de que era la 1:07. De inmediato recordó que el puente se hallaba aún levantado y que el Expreso de Memphis tendría que cruzarlo en breves minutos.

»Deseando no alarmar a su hijo, trató de disimular su pánico. En el más calmado tono posible, le pidió al muchacho que se mantuviera quieto. Entonces, dando un salto, alcanzó el pasadizo y corrió por el mismo tan rápido como pudo para llegar a la caseta de control.

»Una vez allí, observó el río para asegurarse de que no había barco alguno a la vista. Y entonces, como estaba entrenado para hacerlo, miró hacia abajo, a toda la estructura del puente, para asegurarse de que nada podía intervenir en su movimiento. Mientras su mirada recorría todos los lugares, vio algo que le horrorizó, paralizándole el corazón dentro del pecho. Allá abajo, en un espacio del acerado engranaje que servía para facilitar el movimiento del gran puente, estaba su hijo.

»Aparentemente Greg había tratado de seguir a su padre, pero cayó del pasadizo. En esos momentos estaba exactamente entre las inmensas y afiladas puntas de hierro que tenían que agarrarse de la cadena que las movería. Aunque aparentaba estar consciente, John pudo darse cuenta de que una pierna de su hijo estaba sangrando profusamente. De pronto un pensamiento llenó de pánico a John. Se dio cuenta de que el bajar aquel puente hubiera significado que él mismo iba a matar al fruto más preciado de su propia vida.

«Atormentado, su mente se desbocaba en todas direcciones, buscando frenéticamente alguna solución. De pronto, un plan emergió. Con los ojos de su imaginación se vio a sí mismo agarrando un rollo de cuerdas, y asido fuertemente, deslizándose hacia abajo hasta poder tomar a su hijo en uno de sus brazos y traerlo de regreso a la seguridad. Tendría entonces tiempo, de salirle todo bien, de mover las palancas y preparar el puente para que cruzara el tren que se acercaba.

»Sin embargo, bien pronto se dio cuenta de la insensatez de su plan. Sabía que no disponía de tiempo para tanto. Comenzó a sudar copiosamente mientras el terror se reflejaba en cada expresión de su rostro. Trataba de pensar más y más en alternativas, pero ya no podía. De sus labios brotaba el quejido de su propio corazón: ¿Qué debo hacer?, ¿qué debo hacer?

»Sus sentimientos se agolpaban a medida que se acercaba el tren. En un estado de pánico pensó en las 400 personas que inexorablemente se movían hacia el puente. En un instante de entre los árboles aparecería rugiente el tren a una velocidad imposible de detenerse. Pero, allí estaba su hijo... su único hijo... su orgullo... la alegría de su vida.

»Su mamá —el podía ver ahora su rostro anegado en lágrimas—. Era también su hijo, su adorado hijo. John volvió a pensar que como padre tenía que amar a su hijo sobre todo.

»Pero en un momento, decidió lo que tenía que hacer. Sabía que tenía que hacerlo, así que clavando su cara sobre su pecho, haló la palanca. Los gritos de su hijo fueron rápidamente apagados por los férreos ruidos del puente que iba ajustándose a su posición. Con solamente segundos de margen, el Expreso de Memphis —con sus 400 pasajeros—, apareció desde el follaje y cruzó raudo el inmenso puente.

»John Griffith levantó su empalidecido y lloroso rostro y miró hacia las ventanillas del tren que cruzaba. Un hombre de negocios leía el periódico del día. Un uniformado conductor miraba negligentemente su reloj de bolsillo. Las damas estaban disfrutando de su té en los carros de comedor. Un pequeño niño, extrañamente parecido a su propio hijo, Greg, hundía la cuchara en una copa rebosante de helado. Muchos de los pasajeros se veían animados en medio de intrascendentes conversaciones mientras otros sonreían casi descuidadamente.

»Pero nadie miró hacia él. Ni una sola persona echó una breve mirada al hueco lleno de hierros que habían triturado la vida de su vida, todas sus esperanzas y todos sus sueños.

»Preso de incontenible angustia, él bajó el cristal de su cabina de control y gritó fuertemente: ¿Qué es lo que son ustedes? ¿No les importa? ¿No saben que yo he sacrificado a mi hijo por ustedes? ¿Qué anda tan mal con ustedes que a nadie le importa?

»Nadie contestó, nadie oyó. Ni siquiera uno miró. Y entonces, tan rápidamente como comenzó, todo había terminado. El tren desapareció, moviéndose raudo por el puente, en busca de nuevos horizontes.

Ahora mismo, mientras yo les repito esta historia, siento mi rostro humedecido por las lágrimas. Porque esta ilustración es apenas un destello de lo que Dios el Padre hizo por nosotros al sacrificar a Su Hijo, Jesús, para expiar los pecados del mundo (Juan 3:16). Sin embargo, de forma diferente a como el Expreso de Memphis tomó a John por sorpresa, Dios —en su gran amor y de acuerdo a Su Soberana voluntad y propósito—, había determinado sacrificar a Su Hijo para que nosotros pudiéramos tener la vida (I Pedro 1:19,20). No solamente eso, sino que el consumado amor de Cristo se demuestra en el hecho de que El no fue "tomado" por sorpresa, como en el caso del hijo de John. Más bien, El, de su propia voluntad, sacrificó Su vida por los pecados de la humanidad (Juan 10:18 cf; Mateo 26:53).

A la luz de este precioso don de la salvación, es prácticamente inconcebible que alguien —especialmente alguien dentro de la iglesia cristiana—, trate de falsificar el concepto de la expiación, la verdad central de la fe cristiana histórica. Es insoportable para mí que aquellos que se autotitulan a sí mismos como los grandes "ungidos de Dios", estén cometiendo atrocidades y alejándose vanidosamente de la verdad central del significado de la expiación. Y, sin embargo, esto es precisamente lo que los maestros de la Fe están haciendo. Ellos, irresponsablemente, cambian las maravillas del sacrificio redentor de Dios por las doctrinas de los demomos.

Antes de que nosotros examinemos los destructivos errores de la doctrina de la Fe en relación con la expiación, detengámonos un momento para trabajar en una definición de expiación, para que seamos lo suficientemente capaces como para darnos cuenta de cuán seriamente esta doctrina ha sido adulterada.

Simplemente expuesto, expiación significa que Cristo, por medio de Su muerte sacrificial en la cruz, resolvió completamente el problema del pecado del ser humano. Cristo, en Su Cuerpo en la cruz, "nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición" (Gálatas 3:13). Cristo, el modelo de virtud, vino a ser la Oveja sacrificial sobre la que fueron impuestos los pecados del mundo. Aunque El, *prácticamente*, fue perfecto y sin pecado, "*posicionalmente*" fue declarado como lleno de pecados, porque todos nuestros pecados le fueron asignados a El. Recíprocamente, aunque todos somos *prácticamente* pecadores, toda Su rectitud es imputada a aquellos que creemos. Es así que a través de Su sacrificio expiatorio, nosotros estamos declarados "*posicionalmente*" justificados delante de Dios.

Yo no puedo enfatizar lo suficientemente fuerte que la expiación es crucial a la fe cristiana histórica. Interesantemente, la palabra "crucial" viene de la palabra latina, *crux*, que significa "cruz". Así que cuando yo digo que la expiación es la *crux* del cristianismo, estoy en efecto diciendo que justamente como la cruz prevalece en el centro de la historia, así es también nuestra convicción de que la expiación es el centro de la fe. Adulterar la doctrina de la expiación es tomar el camino más directo para entregar el cristianismo al reino de las sectas —y aún, para otras personas, al mundo de lo oculto.

El hecho es que virtualmente cada secta, de una o de otra manera, niega la doctrina de salvación por gracia única por medio del santo sacrificio de Cristo en la cruz. La Biblia claramente enseña que su salvación eterna depende de lo que usted personalmente crea acerca de la sangrienta expiación de Jesucristo. Es *en la cruz*. —no en el infierno—, donde su salvación, se gana o se pierde. Y ése es precisamente el problema con las más notorias enseñanzas de la Fe. Por medio de estas enseñanzas se transfiere la obra salvadora de Cristo, de la cruz a las más profundas guaridas del infierno.

Si usted alienta la idea de que este punto de vista no pertenece a la teología de la Fe, entérese de lo que Kenneth Copeland ha dicho en uno de sus mensajes grabados sobre la expiación:

"Lo que es necesario para la vida de un cristiano es el conocimiento de lo que pasó desde la cruz hasta el trono... Es la cosa más fascinante en toda la Biblia. De esto se habla muy poco, y casi nada en la enseñanza tradicional de la iglesia, y yo nunca he acabado de entender por qué, aunque me imagino que es porque ha sido olvidado u ocultado en la tradición..."<sup>1</sup>

Aquí lo tiene usted —la cosa más fascinante en toda la Biblia. Y de acuerdo con Copeland, "ha sido olvidado u ocultado en la tradición". ¿Y qué es lo que ha sido tan hábilmente ocultado "en la enseñanza tradicional de la iglesia" que le ha correspondido a Copeland, y a sus compatriotas, descubrir?

Primero, algunos de los maestros de la Fe exponen que Cristo fue recreado en la cruz de divino a demoníaco. Para ponerlo en el vocabulario de la Fe, Jesús asumió la naturaleza misma de Satanás.

Segundo, de acuerdo a la teología de la Fe, su redención no ha sido asegurada en la cruz, sino en el infierno. De hecho, muchos maestros de la Fe afirman que la tortura que sufrió Cristo de todos los demonios en el infierno fue un "rescate" que Dios pagó a Satanás para que se le permitiera regresar al universo del cual había sido previamente expulsado.

Tercero, algunos maestros de la Fe insisten en que Jesús renació desde el abismo más profundo del infierno.

Cuarto, la teología de la Fe sustenta que Cristo fue reencarnado por medio de su nacimiento en el infierno y que aquellos (que como Cristo) son nacidos de nuevo, pueden también ser "encamados".

Así es como los maestros de la Fe toman a Cristo, la Oveja sin manchas, y la pervierten en un sacrificio impuro en la cruz. Pero si éste es el caso —si la teología de la Fe está en lo cierto cuando dice que hemos sido engañados por la iglesia tradicional—, entonces nosotros, por las normas de la Biblia, permaneceremos para siempre en nuestros pecados y estaremos sujetos a los eternos tormentos del infierno.<sup>2</sup>

Nunca olvide que únicamente Jesús hubiera podido satisfacer el concepto del Antiguo Testamento de la ofrenda por el perdón del pecado, siendo puro y santo, impoluto y sin pecado. Esa ofrenda ha redimido al hombre de la maldición de la ley y le ha hecho totalmente santo, aún más allá de la muerte. Los riesgos aquí son enormes —no menos que la salvación misma.

Por lo tanto, vayamos de un examen tan elemental como el que hemos hecho, a mirar más

profundamente a lo que tiene que decirnos la teología de la Fe sobre la expiación.

\* N.E. "El sueño americano" es una expresión que se utiliza para definir el deseo de la persona de poseer los bienes materiales que hacen posible una vida cómoda.